Carta y partitura

Anoche cuando dormía
Sobre un poema de Antonio Machado

Sebastián Naranjo Acosta
Jorge Alberto Naranjo Mesa

(Estados Unidos, 1999-v.)

Músico en formación. Exprofesor de Piano en la Escuela de Música de Llanogrande (Colombia). Estudios musicales y lingüísticos particulares y estudios en música jazz en la escuela Offene Jazz Haus Schule, Colonia (Alemania). Autor del proyecto musical de piano "Beyond Doom", con el que ha realizado diversas publicaciones entre las que destacan el EP musical "Sungaze" y varias bandas sonoras.

(Colombia, 1949-2019)

Estudios de Ingeniería Civil en la Universidad Nacional de Colombia. Doctor Honoris Causa en Ciencias Sociales de la Universidad Autónoma Latinoamericana. Doctor Honoris Causa en Ingeniería, Profesor Titular y Emérito de la Universidad Nacional de Colombia. Profesor de las universidades Pontificia Bolivariana, de Antioquia, EAFIT y del Instituto Tecnológico Metropolitano. Miembro de la Academia Antioqueña de Historia. Acreedor de numerosos premios, menciones y reconocimientos. Autor de más de treinta libros y más de doscientas publicaciones en revistas.

Resumen

El documento escrito, que se presenta a continuación, describe el profundo impacto que un abuelo y destacable ser humano generó en su nieto, contado a través de impresiones y memorias extraídas tanto de sus días de mayor familiaridad y de la conexión entre sí, como también de los días marcados por el dolor de la enfermedad y la muerte.

Luego se incluyen dos versiones de la musicalización del poema *Anoche cuando dormía*, del poeta español Antonio Machado Ruiz (España, 1875-1939). La primera versión contiene el poema integrado a la melodía de Jorge Alberto Naranjo Mesa, como se encontraría en un libro cancionero. La segunda corresponde a la pieza compuesta para piano con la rearmonización de Sebastián Naranjo Acosta.

Palabras clave

Admiración, amor, enfermedad, familia, Jorge Alberto Naranjo Mesa, muerte, música.

Querido hombre barbado y de mirada profunda, tal vez por ser un joven absorbido por las técnicas actuales del entretenimiento mediático pasaré en mi vida mucho más tiempo al frente de pantallas inservibles en lugar de entrar profundamente a descubrir todo lo enorme que reposa sobre tu legado. Nos la dejaste un tanto difícil a quienes nos apellidamos amparados por tu línea de sangre, en el sentido que no es cualquier bobadita seguir con el tipo de trazo que los Naranjo tienen con el conocimiento después de que este vivió una cumbre como la que alcanzaste, mientras fuiste de carne y hueso en esta tierra.

Pero desde mi inculta posición me generaste muchas curiosidades, mucho impacto y mucha felicidad.

Sé, por ejemplo, que una de las razones por las que voy a permanecer hecho de música es porque llevo en mí la experiencia de verte a ti transformándote con ella en vivo y en directo. Siempre me pareciste un oyente que tenía claro que cada intento de describir el sonido en palabras sería en vano, porque ambos mundos se complementan y tienen algo de ellos entre sí, pero jamás podrían pretender ser el otro sin que la potencia transmitiendo el mensaje se vea afectada. A veces te preguntaba qué te parecía lo que estabas escuchando y te limitabas a responderme con una de esas expresiones paisajísticas que formulaba tu rostro. Uno se sentaba a mirarte con Mozart de fondo, y a medida que corría la obra uno conversaba en silencio contigo a través de gestos, sonrisas, miradas pícaras o semblantes inquietantemente serenos. A veces Mozart explotaba en semejantes absurdos de genialidad que no tenías otra opción que echarte a reír, lo que se volvía contagioso en cuestión de segundos, y pronto el mundo tenía una escena de un abuelo que propagaba carcajadas con un nieto, porque la música los estaba volviendo unos receptores tan indefensos ante la brillantez de una estimulación auditiva que lo único sensato era la disparatada reacción de reír.

Sé también que me encantaba que nunca me respondieras algo diferente a "ahí vamos, m'hijito" cuando te preguntaba cómo estabas. Me parecía por fin una respuesta que resumía mucho mejor que un sencillo *bien* lo que todos en realidad queremos exclamar, para no tener que fingir estabilidad en los días donde no cabe, sin tener que interrumpir mayormente la fluidez por la que la gente quiere atravesar cuando nos pregunta "¿cómo estás?", de paso, con otros intereses de por medio o simplemente por formalidad. Era evidente que no había por qué escuchar otra respuesta, mucho de lo que me contabas en tus últimos años encerraba relatos de fuertes dolores, exámenes médicos, esperas largas de resultados y de cómo poco a poco perdías tu energía vital. A veces era una imagen fuerte verte desparramado en cama mientras las arrugas de tu rostro y piel adquirían lo que yo interpretaba como el tono de la corteza seca de algún ent en *El señor de los anillos*, con la diferencia de que tu barba a veces albergaba un par de cenizas de cigarrillo perdidas que no alcanzaron a finalizar su recorrido hasta el cenicero. Cigarrillos cuyo humo, por cierto, siempre me tragué con el mayor de los gustos. Estar contigo se trataba de un privilegio tal, que aceptaba, sin importar las consecuencias, las nubes de olor gris que tal vez solo olían tan delicioso porque tu compañía estaba de alguna manera impregnada en ellas, y aunque de pronto sea una comparación un poco macabra, por más que no soporte lo que hacen una vez pasan por mi garganta, hoy en día el olor de tabaco me envuelve en una paz que se remite al amor que sentía en la atmósfera cuando te visitaba.

La enfermedad contra la que combatiste también me hizo ser testigo de cómo, paulatinamente, ibas eligiendo con más cautela las palabras en las que querías enfocar tu fuerza para comunicar. La voz, arrulladora pero con carácter, que utilizabas para *melodizar* con elegancia los poemas que leías (y encontrabas preciso ese punto de fusión donde las palabras y la música se abrazan encarecidas), se fue destinando a los momentos donde considerabas estrictamente necesaria una intervención. Y formulabas tus frases sin afán, inspirando a reflexionar y, de alguna manera, también a la meditación. Cada vez respondías un poco menos a las incesantes preguntas que te hacía sobre la vida, como si tus

hondos rasgos me contemplaran y me invitaran por sí solos a tener paciencia para desarrollar respuestas por mi cuenta. La sabiduría de la calidad de las palabras, antes que su cantidad, con la que a veces hacías replantearme tanto, me inducían a pensar en esos ángeles que escucha mi tía materna. Juliana explica que a veces al bombardear de inquietudes a este grupo de guías que le susurran al oído, estos encuentran cuándo es oportuno callar tajantemente para hacerle entender que todo estará bien y ella es quien debe encontrar en su propio ritmo su camino hacia las resoluciones. Y a veces estar contigo era como tener aquí en la tierra una especie de ángel guardián, que enseñaba, incluso también desde el silencio, que pasara lo que pasara nunca dejaba de estar trazado por el afecto que uno se sentía recibiendo directamente cuando tus ojos penetrantes, que aludían a los de un búho, hacían contacto visual.

Pero en realidad también fui un afortunado por conocer el apetito con el que querías devorarte el mundo entero. Tus clases de física, que por un par de horas me hacían creer que entendía a la perfección las fuerzas fundamentales que rigen el universo (hasta que llegaba el otro día al colegio otra vez y era comandado por alguien más), tus jaque mates después de aproximadamente cuarenta segundos de juego o el conocer de cerca el hecho de que cada uno de tus libros los escribiste a mano, con una caligrafía mejor que la que cualquier máquina pueda pretender emular, aún incluso sin ningún tipo de corrector, debido a que considerabas que cualquier error era meritorio de arrancar la página y volver a empezar de cero. También fui testigo de cómo tu relación con el dinero mantuvo flotando en la superficie aspectos fundamentales de mi familia, y de cómo muchos de tus parientes hemos podido vivir con tranquilidad nuestro proyecto de vida gracias a tu generosidad, hasta el punto de que tengo que vivir entendiendo que cada segundo en que dejo de tocar las teclas de un piano, por procrastinar, es un segundo en que le estoy siendo totalmente desleal a todo lo que fuiste por mí, mientras estuviste acá. Y es que después uno gira sobre su propio eje y mira el respeto y la admiración con la que cada una de tus almas cercanas se refiere a ti, y uno entiende que todo aquel que haya recorrido un tramito de la vida a tu lado, con seguridad vio uno de los ejemplos más grandes de cómo se pueden utilizar las veinticuatro horas del día, los siete días de la semana y las cincuenta y dos semanas del año para hacer algo grande por el mundo.

Jorge Alberto Naranjo, tal vez por ser un muchacho egoísta, con la convicción de que no hay que tomarse la vida tan en serio, porque como a un dinosaurio en cualquier momento nos podría caer un meteorito del cielo y aplastarnos, no alcanzaré a agradecer jamás la marca que dejaste en mí, lo suficiente para hacerle justicia. Pero si algo te puedo decir, con seguridad, es que fue una enorme experiencia habernos querido mutuamente, que fue un honor indescriptible haber sido tu nieto, y que aunque todos digan que uno debe hacer las cosas por uno mismo y nadie más, la verdad, en algún punto de mi vida sé que estaré pensando que ojalá tu esencia, sea donde sea que se encuentre, esté sonriendo orgullosa de saber que su historial genético desembocó en algo de lo que espero alcanzar a hacer, porque ¡eavemaría!, qué inspiración tan tremenda eres para levantarme todos los días y luchar para que, a pesar de mis convicciones, ojalá ese meteorito caiga un poco más tarde.

Anoche cuando dormía

Anoche cuando dormía
soñé, ¡bendita ilusión!,
que una fontana fluía
dentro de mi corazón.

Di, ¿por qué acequia escondida,
agua, vienes hasta mí,
manantial de nueva vida
de donde nunca bebí?

Anoche cuando dormía
soñé, ¡bendita ilusión!,
que una colmena tenía
dentro de mi corazón;

y las doradas abejas
iban fabricando en él,
con las amarguras viejas
blanca cera y dulce miel.

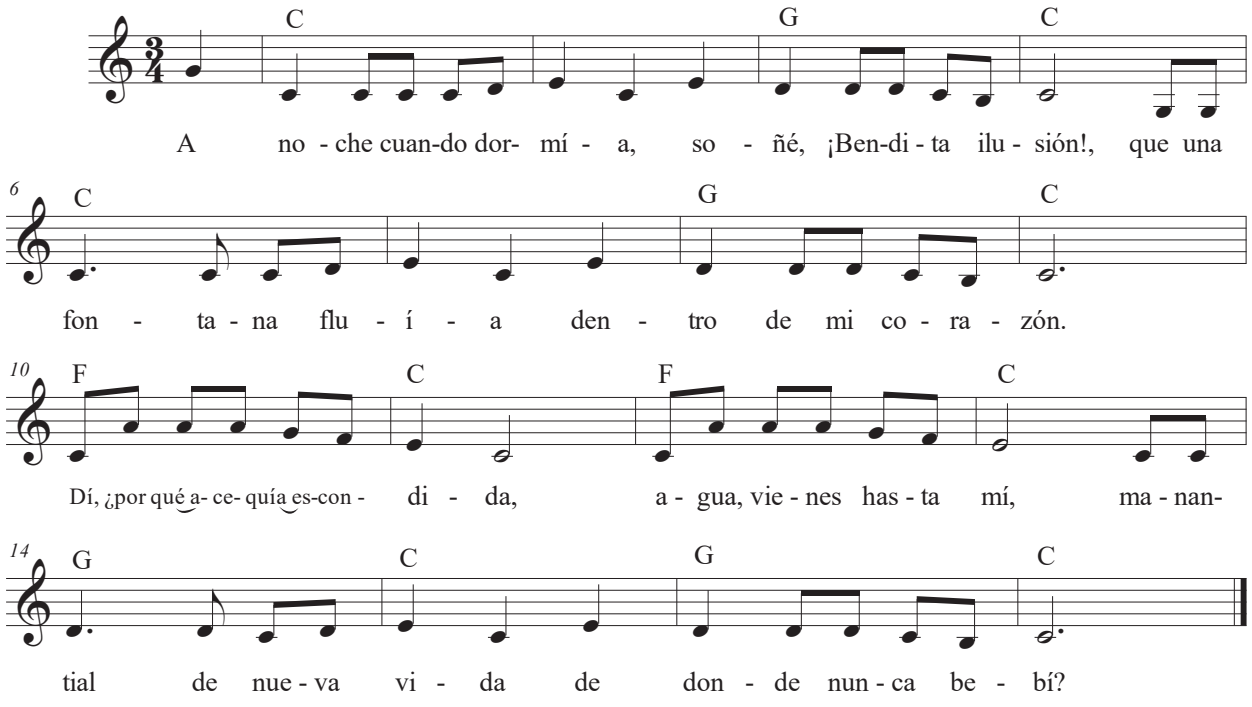
Anoche cuando dormía
soñé, ¡bendita ilusión!,
que un ardiente sol lucía
dentro de mi corazón.

Era ardiente porque daba
calores de rojo hogar,
y era sol porque alumbraba
y porque hacía llorar.

Anoche cuando dormía
soñé, ¡bendita ilusión!,
que era Dios lo que tenía
dentro de mi corazón.

Anoche cuando dormía - Musicalización

Melodía compuesta por Jorge Alberto Naranjo como musicalización del poema de Antonio Machado del mismo nombre



2. Anoche cuando dormía
soñé, ¡bendita ilusión!,
que una colmena tenía
dentro de mi corazón;

y las doradas abejas
iban fabricando en él,
con las amarguras viejas
blanca cera y dulce miel.

3. Anoche cuando dormía
soñé, ¡bendita ilusión!,
que un ardiente sol lucía
dentro de mi corazón.

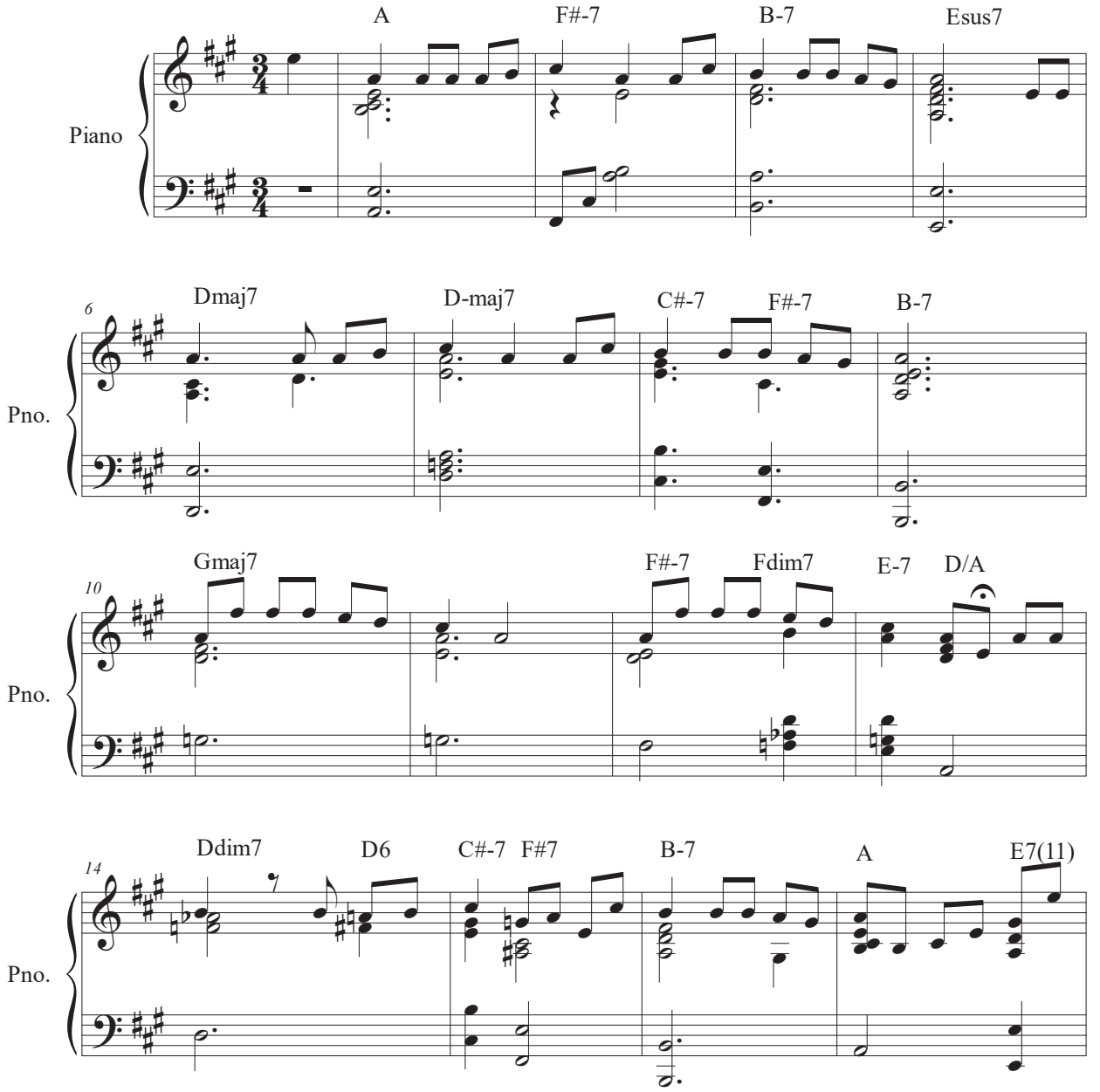
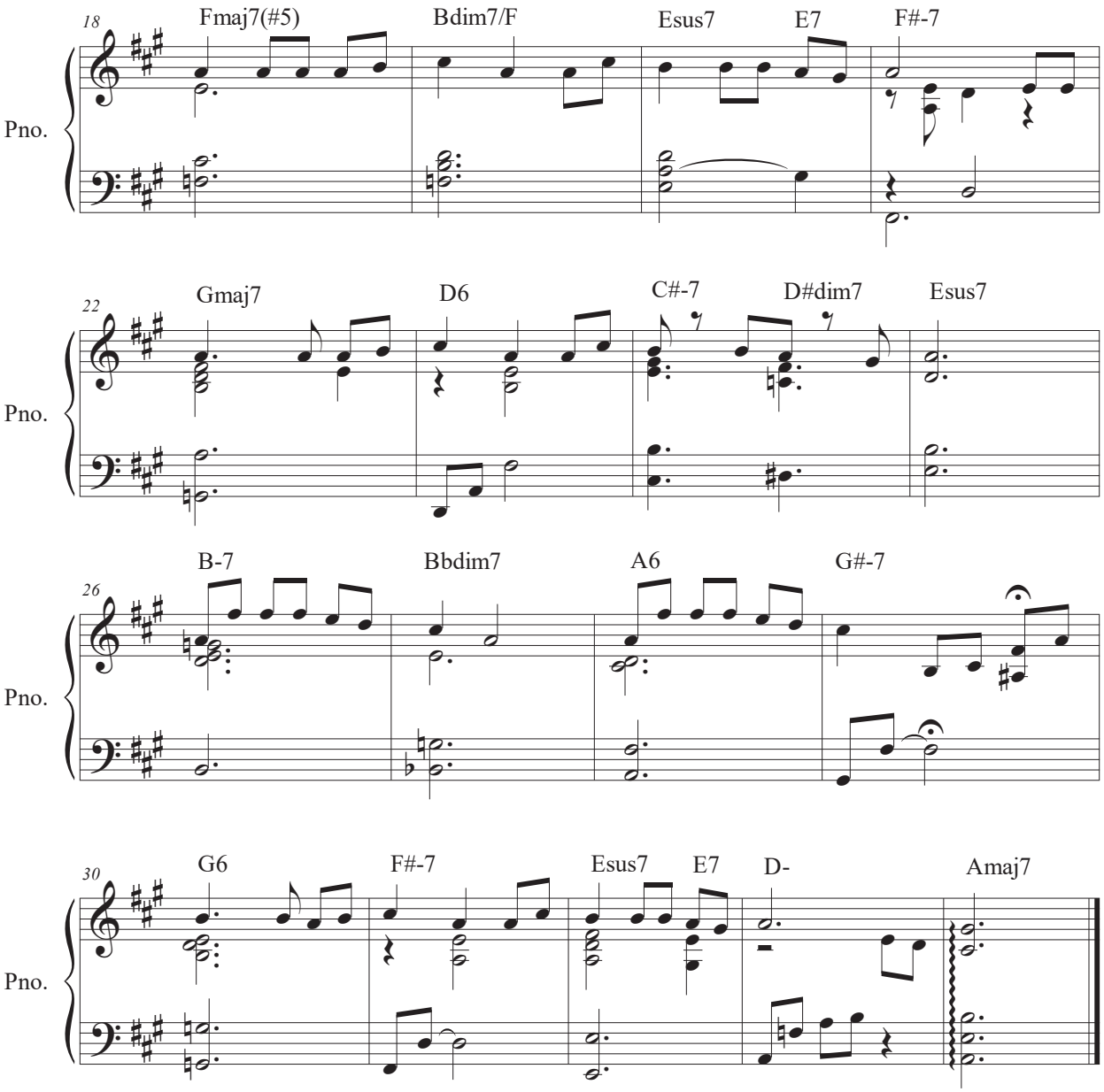
Era ardiente porque daba
calores de rojo hogar,
y era sol porque alumbraba
y porque hacía llorar.

4. Anoche cuando dormía
soñé, ¡bendita ilusión!,
que era Dios lo que tenía
dentro de mi corazón.

Anoche cuando dormía - Rearmonización

Melodía compuesta por Jorge Alberto Naranjo como musicalización del poema de Antonio Machado del mismo nombre

Rearmonización por Sebastián Naranjo



Anoche cuando dormìa - Rearmonización